

LANGOSTAS

A mi casa llegó una Biblia de extraordinaria impresión. Estaba traducida al español de manera directa desde los originales hebreo y griego, por catedráticos de la Universidad de Madrid. Nos la ofreció una amiga con el propósito de que la leyéramos asiduamente. Yo no tomé su consejo al pie de la letra pero mi esposa sí, repasaba cada historia y luego me la relataba mientras la televisión mostraba imágenes violentas e impactantes ocurridas en Bahía del Mar.

A mi esposa le estremeció el carácter maravilloso de la narración dramática de El Libro del Éxodo, sobre todo aquellos capítulos en los que se cuenta la historia de las Nueve Plagas de Egipto: las ranas gigantes, los mosquitos, las langostas... Además, surgía otra situación preocupante porque ella cada noche soñaba con una de las pestes. Así que todas esas lecturas, la llevaron a concluir —no admitía refutación— que el mundo estaba viviendo actualmente las mismas plagas de siglos atrás pero, ahora, tecnificadas.

De tanto oírse las, yo me las había aprendido de memoria.

Una mañana de domingo bahíamariano, me acomodé en la silla, y justo al momento de desayunar, la escuché que desde el cuarto recitaba con voz soñolienta parte de un pasaje bíblico: *“Cuando llegó la mañana, el viento solano había traído la langosta. La langosta invadió todo el país de Egipto y se posó en todo el territorio egipcio... Cubrió, en*

efecto, la superficie de todo el país, quedando el territorio oscurecido. Ella devoró toda la hierba del país y todos los frutos de los árboles que el granizo había dejado...”.

No le interrumpí. Pensé que, en el caso de las langostas, me aterrorizaba la voracidad y destrucción del medio. Jamás había tenido para esos bichos una actitud de benevolencia, todo lo contrario, sentiría placer destruyéndolos.

Esa mañana dominical, mi mujer no quería abandonar la cama, aprovechaba la placidez que da pensar en seguir durmiendo y en no levantarse, en no bañarse, en no ir a trabajar.

Serían las nueve de la mañana, cuando después de morder un pedazo de pan blanco y sorber un poco de café con leche, recordé el sueño (Yo diría pesadilla) que, con voz intranquila y casi ronca, me refirió antes de que yo me levantara: *“Soñé que en el oído izquierdo se me habían metido tres langostas y me las iba sacando por partes y las colocaba en distintos sitios: las patas posteriores, en la mesita de noche; dos alas, en un plato de plástico; el protórax y antenas, en mi pocillo en el que tomo todas las mañanas mi ración de café;...las tibias con espinas, en mi boca...en ese instante surgieron los gritos de repugnancia...”.*

El pocillo de café quedó a medio camino porque sentí sonidos crujientes y un revuelo de palomas en el techo de la casa y, a la vez, una voz fuerte que, desde la calle, las espantaba. Pensé fugazmente en las aves y me dije que no era nada. Volví a pensar en el sueño que mi mujer me contó: *“De pronto, estaba solitaria en el centro de una*

pradera. No dejaba de extraerme de los oídos las otras partes de las langostas. El miedo me amarró los pies cuando vi que por un terreno destapado caminaban unas y volaban otras, como en el pasaje bíblico, devoraban la hierba y todos los frutos que aún quedaban, con una enorme boca de humano. Era tu boca, Dany...Y de repente invadieron nuestra habitación...”

Le dije para calmarla que era una pesadilla, que no se preocupara. Uno siempre tiene sueños raros. ¿Qué significado tendrá ese sueño?, me preguntó bastante impresionada. Dicen que soñar con langostas es paz, felicidad, dinero, larga vida, le dije. Yo no creo, Dany. A mí me suena más a destrucción, a ruina, a sequía, a rompimiento familiar.

Me detuve cuando escuché su interpretación. Intenté plantearle algún argumento pero no fui contundente. Ella me dio la espalda, forrándose con el cubrelecho de pies a cabeza y se entregó de nuevo al sueño.

No quise seguir desayunando, recogí las sobras y las tiré a la basura. Lo que sobrevino fue la confusión. El silencio de la casa y de la calle me aterraba. Me senté en una silla de la sala, tratando de identificar algunas sombras que se reflejaban a contraluz en las cortinas. Y me alarmaba la calma interrumpida por las sirenas que se abrían espacio entre la multitud de autos.

Segundos después, enmudecí. El pavor se tomó mis ojos. Intenté levantarme de la silla pero sentía los pies

enterrados en el piso. Los ruidos del techo se trasladaron al interior de la casa. Y me di cuenta de que mi mujer estaba próxima a ser asaltada por esa sorprendente nube oscura de langostas comandada por una langosta que movía antenas, patas y alas estentóreamente. Cuando escuché el grito de horror de mi mujer, me sentí el hombre más incapaz del mundo. No pude pasar a auxiliarla debido a que un montón de insectos estridulaba y trataba de adherirse a las paredes, al techo, a las lámparas, a los abanicos, a los aires acondicionados, dispuestos a caerme encima como alud desprendido de una montaña.

Corrí. Me vi correr y atrincherarme en la biblioteca de la casa en la que los saltamontes intentaban penetrar. Me armé de destornilladores, pedazos de tubos, también encontré un insecticida en aerosol pero solo asperjaba aire. Junté libros en pilas a manera de un bastión. Y me puse a la defensiva. En ese instante, pensé en ella. ¿Qué le habría podido pasar?

Una pausa verdaderamente extraña, sin ruidos, ni crujidos reemplazó mis pensamientos y mis miedos. Allí permanecí acurrucado, ignoro cuántos minutos, hasta que al otro lado de la puerta, empezó a llamar una voz dulce.

Marzo 19 de 2017.

Santa Marta, cerca del mar.

AFUERA Y ADENTRO

AFUERA

En una de las principales calles de Bahía del Mar, miles de motos vomitan humo y desgranán ronquidos metálicos, incomodando el sueño de la gente. Las llantas rechinan contra el pavimento. Una voz fuerte y perversa da órdenes por encima de la algarabía. Las manos hacen vibrar los manubrios, las motos rugen. Una carrera tan peligrosa y espeluznante como la que ocurre en la Isla de Man. En la avenida, durante la media noche, el caos se multiplica. El comentario de los que están fuera del juego mortal es que las autoridades andan como las nubes, lejos.

ADENTRO

Duermo. De repente, esa bullaranga atora mi habitación. Entra estremeciendo los vidrios de ventanas y sacudiendo puertas. En mi mente suenan los versos de la canción de Bob Dylan: “Hace un tiempo tuve un sueño muy loco, I dreamt I was walkin’ into World War Three. Soñé que caminaba dentro de la Tercera Guerra Mundial.”

Boca arriba imagino que el ruido pertenece a la misma caravana de motos aceleradas, enloquecidas, que circulan todas las noches. Ahora estoy pegada a la ventana y las veo pasar. Van en fila, son de todos los tamaños y colores. Bufan. Los mofles botan humo blanco y negro. Alcanzo a

ver que muchos de los que conducen son mis amigos. Los llamo a gritos, pero ellos no me escuchan. Pasan punkeros violentos, con enormes crestas de gallo en la cabeza. Pasan reguetoneros luciendo gafas oscuras y una cabeza rapada. Pasan homosexuales gesticulando groserías. Pasan lesbianas comiéndose a besos. Pasan raperos cubiertos con gorras fosforescentes y de su cuello cuelgan cadenas extravagantes. Me sonrén. Me lanzan algunas palabras que no entiendo. El vidrio de mi ventana es un muro infranqueable. Pasan unas monjas, no rezan, solo lloran. El conjunto de motos fluye como camino de hormigas que lleva pedazos de hojas.

AFUERA

Ahora, una mujer está pegada a la ventana y le encanta ver pasar las motos. Tiene una cara idiotizada. De pronto, sale por la ventana y observa de pie la fila de motos. Desde la orilla grita pero nadie la atiende. Una amiga surge a su lado. Le acompaña y trata de traducirle lo que ellos le vociferan pero los gritos se confunden y se pierden en medio del ruido. La mujer atrevidamente intenta detener una moto. Cada vez que ella se acerca, los motociclistas se alejan, en una especie de zoom perverso.

Las madrugadas de Bahía del Mar siempre están plagadas de accidentes automovilísticos, de robos frecuentes, de atracos inesperados y de crímenes estúpidos. Por instantes, el silencio se apodera de la avenida como si las motos fueran difuntos o como si las vuvuzelas en un estadio hubieran cortado su sonido de un solo tajo. Las luces de las motos

no han dejado su intermitencia. En el espacio que queda, surgen las vocales extendidas en el mitin de felinos que conquistan amores sobre los tejados celestinos.

Últimamente, el calor es atosigante, un calor que se viene caminando desde el mar. Un calor maldito que se instala en las plazas de la ciudad, que corroe el asfalto de la carretera, que derrite los relojes de los templos y que achicharra las casas y deslíe el amor que intentan hacer los motociclistas en sus pausas.

Se siente un amanecer de voces indignadas que van agrandándose igual que un globo al inflarlo. Ruedan comentarios de sucesos que la noche ha parido: crímenes horrendos a mujeres indefensas, accidentes inimaginables en las avenidas, violaciones a niños y niñas, robos a mano armada. La inseguridad es un río que se desborda nochemente. La mujer de la orilla ya no está. Y su amiga tampoco.

ADENTRO

Yo soy la mujer, la otra orilla me acoge. Pasa mi amigo en su moto, o mejor, mi ex novio. Rastrilla las llantas de su vehículo. Yo lo grito y lo amenazo con propinarle puñetazos sino me escucha. Él imprime peligrosamente más velocidad a su moto. La ciudad es una pelota de ruidos. La avenida es un campo de carreras jugando a la muerte. Alcanzo a leer un letrero en un altar: “gloria, osadía y valentía”. Pierdo la voz por causa de gritar a mi amigo. Sin pensarlo, me voy detrás de mi ex, buscándolo

por todas partes. Aparece un taxi en mi camino pero nadie lo conduce. De repente, soy yo quien conduce. Hundo el acelerador y, sin control, me estrello. Sin embargo, continúo manejándolo. En el último tramo de la carretera, entro con el carro a una habitación en donde está mi ex novio arreglando dos camas con una joven a la que no le veo el rostro pero sé que es mi amiga, la que me acompañaba. Siento rabia, envidia, porque él está con otra y yo recuerdo lo que hacía conmigo cuando era mi novio. Recrimino mi actitud por haberlo perdido. Me salgo del cuarto, triste, a punto de llorar.

Todo se pone en blanco y me veo solitaria, tirada en el piso, grito y nadie me escucha.

AFUERA

El sol viene desgajando su luz sobre la ciudad, los árboles y los caminos.

La voz de algún pájaro extraviado desde un roble sin flores también abre la mañana. Reunión de curiosos. Los comentarios que destejen son irónicos y muy críticos. La caravana de motos que anoche volvió a interrumpir el sueño a más de uno, parece interminable. Críticas sarcásticas contra las autoridades, que no vigilan las carreras de motos, que se dejan sobornar. Un grupo de mujeres relata lo siniestro de los viajantes nocturnos, diciendo que son unos sicópatas, perversos.

ADENTRO

—¿Escuchaste el terrible ruido de motos en la madrugada?

—Sí, pero creí que era un sueño.

Septiembre 24 de 2015.

Santa Marta, cerca del mar.

CARRERA HACIA LA VIDA

— ¡Carajo, debo tener una cara de muerto!

Pensó Ulises. Con dificultad se palpó la blandura del hueco que la bala le había dejado en la frente. Todavía podía sentir la intensa quemadura y percibir el olor de pólvora mortal. Su respiración era apretada. Para que sus pulmones dieran lugar a otra, pasaban largos minutos. El círculo de imprudentes observaba morbosamente la escena, escrutando cómo el proyectil había perforado la carne, el hueso frontal y cómo la sangre corría lentamente por la frente, el ojo, la mejilla y el hombro hasta descender para dibujar un mapa rojo en el pavimento. El cuerpo largo y flaco señalaba la figura de un hombre que intentó emprender la carrera hacia la vida.

Ulises recordó, en medio de su agonía, fragmentos de la conversación que sostuvo con unos amigos sobre cómo le gustaría morir. En aquella ocasión dijo que no le gustaría morir incinerado ni ahogado ni en accidente de tránsito ni de aviación sino de un tiro en la cabeza porque sería una muerte rápida. La respuesta produjo carcajadas entre quienes lo escuchaban. “Seguro, amigos, yo pertenezco a dos siglos: me considero un Don Juan y un Casanova. Lo que me hace ser así es que considero que las mujeres para mí, son fascinantes, divinas”.